

MINE RAS DEL BICEN TENA RIO

ELLAS NOS INSPIRAN

WIM Women
in Mining
PERÚ



Idea creativa:

Viviann Arauzo / Raquel Tintaya.

Soporte:

Rosario Alejandro.

Historias escritas por:

Antonio Orjeda.

PRÓLOGO

WIM PERÚ nació como un espacio de unión de las mujeres mineras, para visibilizar su aporte y promover su crecimiento y desarrollo. A lo largo de estos cinco años de trabajo hemos escuchado una gran cantidad de historias de mineras que nos inspiran, motivan y se han convertido en referentes para más mujeres.

Fue así que creamos “Mineras del Bicentenario”, convocatoria concebida el 2021, en el marco de las actividades por los 200 años de la independencia del Perú y en un escenario en el que todavía sentíamos los estragos de la pandemia causada por el Covid-19. Ello no impidió que lanzásemos una convocatoria a nivel nacional, abierta y gratuita, que recibió más de 170 historias de mujeres que tienen en común el haber derribado las brechas de género y haberse hecho un espacio en la industria minera.

Esta, nuestra primera publicación digital, “Mineras del Bicentenario: Ellas nos inspiran”, es el resultado de esta gran convocatoria. Siete historias representativas, que abordan extractos de las vidas de mujeres que, con entusiasmo, tenacidad y disciplina, están logrando más de lo que pensaban y vienen haciéndose de un nombre en la minería; inspirando a más mujeres a perseguir sus sueños y superar cualquier sesgo o prejuicio.

Cada historia es una vida misma, en la que se evidencia la pasión por la minería en diferentes rubros: geología y exploraciones; operaciones y mantenimiento; ingeniería y proyectos; seguridad, salud, medio ambiente y comunidades; áreas de soporte a la minería y talentos jóvenes.

Estamos comprometidas con nuestro país, con la industria minera y con las nuevas generaciones, para aportar desde nuestro espacio en cerrar las brechas de género. Sabemos que el camino es aún largo y seguiremos apostando por más diversidad para una mejor minería. Nos llena de ilusión dar voz y rostro a mujeres cuyas vidas -aunque no tan conocidas- se conviertan en referentes para las generaciones actuales y futuras, para que las niñas, adolescentes y jóvenes puedan ver que una mujer puede llegar hasta donde se lo propone, incluso en industrias tradicionalmente masculinizadas.

Esta es la primera entrega de un gran proyecto, nutrido de historias que nos seguirán inspirando. Gracias a todas las personas, empresas e instituciones que confían en WIM PERÚ y a todo el equipo de voluntarias líderes que hacen posible que este proyecto sea una realidad. Es un orgullo y un honor contar con ustedes como lectores(as). ¡Disfruten esta delicia de historias!

Graciela Arrieta Guevara

Presidenta de WIM PERÚ



“

Yo trabajo
armando
camiones
gigantes”

ROSA ANAYA

Supervisora
SSOMA de
Komatsu-Mitsui

WIMA
Women
in Mining
PERÚ



No puedes ser lo que no puedes ver”, dice la frase; y, en tercero de media, durante la visita a una planta industrial, en Arequipa, esta escolar vio qué quería ser. Fueron recibidas por unas señoritas con cascos, quienes las guiaron y explicaron todo el proceso. Eran ingenieras industriales. Si bien Rosa sabía que las mujeres podían seguir esa carrera, jamás las había visto en acción. ¡Estaba encantada! Pero acabó el colegio como la número 1 y su papá tenía otros planes para ella: debía ser médico.

Felizmente, en casa contaba con el total respaldo de su madre. “Estudia lo que te haga feliz”. “¡A cuántas mujeres has visto trabajando en eso!”, insistía su papá. Lo tranquilizaba, le pedía que confiara en ella. Finalmente, entendió.

“Quería ser ingeniera, viajar, entrar a un centro minero, experimentar. Creo que él tenía miedo a eso”.

Ya en la universidad, visitó minas, conoció el área de Seguridad, le fascinó. ¡Es a lo que se dedica! En minería no existe un área más completa, afirma, porque para brindar seguridad antes hay que conocer todo el proceso. De lo contrario, no puedes asesorar ni dar solución a los escollos que podrían interrumpir la operación.

Egresó y su sueño parecía lejano, pues pasó dos años trabajando en la ciudad y, peor aún, ¡vistiendo traje sastre! Hasta que le llegó la oportunidad de ser parte de la Mina Chapi. ¿Cómo así? La empresa de construcción para la que laboraba inició obras en esa mina, y ella —feliz— llegó como supervisora de seguridad. “¡Ahí empezó todo!”. Una minera la fichó como prevencionista y comenzó a acompañar a los geólogos en sus exploraciones. Su sueño, a punta de viajes que se podían prolongar por varios meses —siempre a zonas inhóspitas—, iba haciéndose realidad.

Si el geólogo no encuentra en el exterior lo que anda buscando, va por dentro de la tierra y ella tiene que pensar en todo, tiene que preverlo todo para que trabaje con seguridad; pues hay vidas de por medio. Rosa estaba en su salsa y su vida se puso todavía mejor, pues se enamoró, se casó y deseó ser mamá. Ello la llevó a tomar una decisión clave: dejar las exploraciones y pasarse a mina. Sí, por su familia renunció a su amado empleo, pero no a su sueño minero. Sabía que llegaría algo bueno. Lo tenía todo previsto. No se equivocó.

“Yo no iba a dejar mi sueño por ser mamá. Fue una decisión de los dos, mi esposo me dijo: ‘Yo te conocí aquí, tú amas lo que haces, tienes que seguir’”.





Entró a Cerro Verde, mina ubicada a una hora de su casa. No está acuartelada, de lunes a viernes la recogen a las cinco de la mañana y, por la noche, está de vuelta para disfrutar de sus hijos. Ah, pero si bien labora físicamente en la citada minera, Rosa integra las filas de Komatsu-Mitsui, empresa que comercializa monstruos de metal que son armados en las instalaciones de cada cliente bajo la supervisión de una o un especialista que hace el control de riesgos. En este caso, es ella la especialista.

Para asumir esta responsabilidad debió estudiar, conocer al milímetro cada monstruo, para conseguir que el proceso de armado sea 100% seguro para el personal de Cerro Verde. Armar estas unidades es emocionante, pues llegan en piecitas y se empieza de cero. Cuando eso pasa, inicia una videollamada. "Mira, acaba de llegar. ¡Esto vamos a armar!". Su primogénito tiene 8 años y, maravillado, disfruta con cada nueva aventura de mamá.

Una tarde, dos años atrás, cuando como de costumbre su familia la fue a recoger del trabajo, al verla salir con su casco y toda la indumentaria de chamba, le dijo: "Mamá, qué orgulloso estoy de que seas ingeniero". Oye, Rosa, ¡tú estás forjando a un futuro colega! "Quiero que él sienta lo que yo sentí. Que sea lo que quiera, lo que lo haga feliz. Si quiere ser ingeniero, yo lo voy a apoyar".

Pero, ¿y si quiere ser doctor, como quería tu papá? "También", responde con una sonrisa. Elijan lo que elijan sus hijos, mamá los va a apoyar. ■



“

Queremos
inspirar a
las jóvenes”

LILIANA GUTIÉRREZ

Gerente RTFE (sigla
en inglés de: Ingeniera
Responsable de Presas de
Relaves) en Cerro Verde



ue una decisión de a dos. Liliana y su marido coincidieron en que, tras el nacimiento de las mellizas, sería mejor que ella, una ingeniera civil que venía creciendo en el mundo minero, dejara su empleo. Una vez que tuvo a sus bebés frente suyo, sin embargo, todo cambió.

“Sentí —¡más que nunca!— la necesidad —¡y más por ellas!— de hacer lo que yo sé hacer. Porque si me quedaba en casa, ¿qué ejemplo les iba a dar? ¡De que no luché por lo que yo quería! De que me vencieron el mundo, el trabajo, el cansancio. Así que dije: Voy a trabajar —es lo que me gusta y lo que quiero— ¡y también voy a ser mamá!”.

Resultó difícil. Muy difícil. La empresa la recogía a las cinco de la mañana, volvía a casa a las siete de la noche y ellas tenían solo seis meses de nacidas. Debía despertar a las tres de la madrugada para darles de lactar. A diferencia de ella, sus mellizas crecieron sin una mamá que las esperaba después de la escuela con el almuerzo calentito.

“Yo soy la mamá que llega tarde a la actuación, que lo hace con el pelo mojado y habiendo tenido que cambiarse en la camioneta”.

Sí, y ya no se culpa por ello. Liliana precisa que uno de sus mayores logros —en la vida— es haber superado la autocrítica.

¿El amor por su oficio? Lo aprendió desde la cuna. Su papá es geólogo y entró a trabajar en una mina el mismo año que ella nació. “¡Él es mi inspiración!”. Llegaba a casa con revistas donde veía grúas, a señores con cascos; preguntó y le dijeron que eran ingenieros civiles, le gustó tanto cómo sonaba eso, que anunció que ella también lo sería. Ingresó en el primer puesto, antes de egresar ya chambeaba en la constructora de un reconocido profesor de la UNSA, fue entonces que su papá le propuso postular a prácticas en Cerro Verde, donde él laboraba. Económicamente, no le convenía, pero lo hizo por él.

Llegó en el momento preciso: la mina requería infraestructura, también quien gestionara los trabajos de construcción. Liliana inició un notable proceso de crecimiento y ya era superintendente de ingeniería cuando asumió la gerencia RTFE. Como tal, está a cargo de asegurar el manejo responsable y seguro de las presas de relaves de la mina. Es, además, el nexo entre esta y Freeport, el corporativo que la opera. Es un reto enorme y le fascina. “Si lo soñaba, no me habría salido tan bo-





nito”, señala la profesional que empezó como practicante. Ese hecho, su evolución, fue clave para que decidiera unirse a WIM PERÚ.

“Yo nunca tuve una imagen femenina en minería a quien seguir. Ahora sí, y he tenido la fortuna de conocerlas”.

Es necesario inspirar, orientar, a las mineras jóvenes. En su ruta, recuerda a estudiantes que por su timidez no la pasaban bien y dejaron la carrera que amaban, también a egresadas que no llegaron a ejercer y a otras que sí, pero que debieron abandonar por temas familiares. Ella no la tuvo fácil, pero aquí está, para aportar desde su experiencia. “¡Todo es actitud!”, asegura. Si bien considera no haber sido discriminada por ser mujer o, en sus inicios, por su juventud, hoy es consciente de que a ella cada paso le demandó más esfuerzo que a sus pares hombres. Tardó en darse cuenta, pues había optado por no reparar en ello y abocarse a la caza de sus objetivos.

Retomar el trabajo tras haber sido madre, sin embargo, fue crítico. A tal punto, que con su esposo resolvieron que, si por alguna razón sus bebés llegasen a necesitar sí o sí de la presencia absoluta de ellos, uno dejaría su chamba. Ya no únicamente Liliana, sino uno de los dos. “Tengo la suerte de tener un compañero que entendió cuál es mi felicidad”. Ella lo llama suerte, pero sabe que no es así; y nos comparte su secreto:

“Basta con encontrar a una buena persona y que tú también lo seas. De ahí, lo que sigue, es aprender juntos. Es eso”.

Es eso. ■



“

¡Ya estoy
en mina!”

PATRICIA CORNELIO

Asistente de
Seguridad Industrial
de Hochschild



entanilla, el distrito limeño en el que Patricia creció, está a solo 71 metros sobre el nivel del mar. Salvo el par de veces que partió a Huánuco para conocer la calurosa tierra de sus padres, no había vuelto a dejar la capital. Sin embargo, terminó el colegio y enrumbo al frío. Subió sobre los 4.300 metros para llegar a Cerro de Pasco y hacerse ingeniera de minas en la Universidad Nacional Daniel Alcides Carrión. ¿Cuántas veces le han preguntado por qué tomó esa radical decisión? ¡Ya perdió la cuenta!

Última de siete hermanos, es la primera minera de la familia. De niña quería ser médica, astronauta, pero creció y se percató de que todos hablaban del “boom minero”. ¿Qué era eso? Conoció su carrera, lo primero que le atrajo de ella fue que se ejerce lejos de las ciudades; y Patricia estaba harta del tráfico limeño. Indagó más, todo le gustaba. Creyó que lo mejor sería estudiar en un lugar próximo a varias minas. Sí, Cerro de Pasco. Huérfana de madre, su papá oyó su plan y solo atinó a preguntarle: “¿Estás segura?”.

“Jamás recibí una negativa suya; ¡y me acompañó a Cerro de Pasco! No le cuadraba, estaba triste. ‘¿Cómo te voy a dejar sola?’, me dijo; pero lo hizo”.

Ingresó en tercer puesto. En una de las primeras clases, un profesor pronunció las palabras mágicas: “¿Quiéren conocer minas?”; y partieron a Alpamarca, en Yauli, Junín. Esa fue su primera vez y confiesa que se asustó. Encima, debía ponerse los EPP. No solo recuerda que le pesaban, sino que esa primera visita bastó para que una compañera decidiera abandonar la carrera. Obviamente, eso jamás pasó por su cabeza. Aunque, estando ya por graduarse, tenía una duda: ¿En qué especializarse?

“¿En Operaciones, que es donde está la carne; o en Planeamiento, que es el cerebro de una mina?”.

Ya había iniciado prácticas cuando supo de “Mujeres de Oro”, convocatoria para un periodo de prácticas en Hochschild, que tenía la particularidad de no solo ser únicamente para egresadas, sino que les ofrecía rotar por todas las áreas; incluso por las que les eran ajenas. ¡Era su oportunidad! Así podría dilucidar en qué especializarse. Si la elegían, claro.

El proceso de selección tomó meses y ocurrió en plena pandemia. El día que le anunciaron que era una de las quince elegidas, también se enteró de que, en total,





postularon más de 2.900 chicas. Al principio, a consecuencia de la segunda ola del Covid-19, las quince tuvieron que conocerse por Zoom. Fue lindo, pero no se comparó con la emoción que al menos ella sintió cuando las tuvo frente a frente. Todas tromes, todas de profesiones diversas, como la ingeniería metalúrgica y la sociología; y de zonas disímiles como Arequipa y Tarapoto.

Al término de cada jornada de prácticas, se reencontraban en el campamento y empezaban: “¿Qué has visto?”; “¿y tú?”.

“Conocer sus perspectivas, la de la ingeniera mecánica, por ejemplo, respecto a la mía, ¡era otra cosa! Podíamos conversar, debatir. Me siento afortunada de haberlas conocido”.

Pasó sus primeros meses en SSOMA, de ahí empezó a rotar. Cuando le tocó Relaciones Comunitarias se sintió perdida. Llegada la noche, le preguntaba a la socióloga, a la gestora empresarial, qué hacer. Valoró su labor, la importancia de tratar con los comuneros. Aprendió a ponerse en sus zapatos. Ah, y cuando a ellas les tocó su área, fue Patricia quien las socorrió. “¡No quiero entrar a mina!”, recuerda que le decían y se mata de risa.

Su papá, sus hermanos, aún se sorprenden. “¿Tú estás haciendo eso?”. Y es que no solo es la menor, sino la más bajita de la familia. Los hombres están sobre el 1,80m; y, las mujeres, bordean el 1,70m. Patricia sacó el tamaño de su mamá, dicen. También su carácter.

Tiene 27 años, se siente completa cuando está en mina. Tras haber rotado por las distintas áreas de Hochschild, ya sabe a dónde quiere llegar: Planeamiento. ¿Otra de sus metas? Realizar una maestría en otro país, conocer la minería en Canadá y —por qué no— trabajar allá. Total, es mujer minera ¡y puede con todo! ■



MARY VERÁSTEGUI

Jefa de Recursos
Humanos de
Cori Puno

WIM
PERÚ
Women
in Mining



azar lagartijas, tumbar panales de avispas, chapotear en los charcos, ¡eso era lo que Mary quería! “Eso es para varoncitos”, le repetía su abuelo. Veía a su hermano dos años mayor y a sus primos corretear, divertirse; a ella le tocaba cuidar a sus primitas. Reclamaba, tenía 5 años ¡y por supuesto que reclamaba! Y cómo no, si desde siempre su papá le decía: “Si tú puedes, ¡hazlo!”. Así que —obediente— se escapaba y se unía a la mancha.

Él era transportista, paraba muy poco en casa. Tres, cuatro días al mes. Por eso iba con su madre a visitarlo a Otuzco, a Cajamarca. En su camión, él atendía a empresas agroindustriales, también a mineras. Conforme su hija fue creciendo, le empezó a repetir: “Equivócate. Si te va mal, regresas a casa”. Obediente, en quinto ciclo le anunció que se había equivocado, que la Ingeniería de Sistemas no era lo suyo, y él entendió.

Le consiguió una chamba administrativa que, luego de unos años, terminó resultándole repetitiva. “Yo puedo dar más”, se dijo y buscó otra alternativa. Partió a una mina para colaborar en Recursos Humanos y entonces ocurrió: descubrió su pasión. 1994. Necesitaba herramientas para servir mejor en esa área, ¡debía volver a la universidad! Con su padre habían quedado en algo: si decidía dejar la carrera, él la apoyaría, pero si más adelante decidía retomar los estudios, ella sola se los tendría que solventar; y así fue.

Con los años, a la par que ganaba experiencia brindando bienestar al personal de la mina en la que laborase, crecía su interés por unas personas que para el común parecían ser invisibles: las señoras de cuartería, las de cocina y lavandería.

“Hay trabajadores que no son amables con ellas. Ensucian de más, ellas les piden que eviten hacerlo y reciben un ‘para eso te pagan’ como respuesta”.

Por lo general eran madres solteras y superaban el maltrato verbal porque su prioridad era tener con qué pagar la educación de sus hijos, darles la oportunidad de tener una vida mejor. Mary lo sabía, pues llevaba años acercándoseles.

“Una ingeniera junior puede progresar, llegar a ser superintendente; una operadora de volquete, puede pasar de conducir uno chiquito a máquinas grandes. Pero, ¿la señora de limpieza, la de cuartería o cocina?”.





Si bien creció viendo poco a su papá, eso fue solo por cuestiones de chamba, pues él siempre estuvo ahí. Gracias al apoyo de sus padres, pudo darse el lujo de abandonar los estudios y probar aquí y allá hasta que dio con su pasión. ¿Y esas señoras?

A fines del 2017 llegó a Cori Puno como jefa de Recursos Humanos, posición desde la que podía liderar un pequeño gran cambio. “Si con su trabajo ellas paran la educación de sus hijos, ¿por qué no hacerles llevaderos los 20 días que están en la mina?”. Su propósito, sin embargo, se dio contra una pared.

De los mil colaboradores en la mina, ellas eran unas cuarenta; todas de zonas aledañas. Acostumbradas a ser invisibles, cuando esta jefa de RRHH les mostró amabilidad, respondieron con desconfianza. Persistió, se acercaba a sus áreas, les preguntaba cómo marchaba todo. La miraban, murmuraban, poco a poco se fueron dando cuenta de que su interés por su bienestar era real; y terminaron celebrando juntas sus cumpleaños en el campamento, lo mismo que participando en los números artísticos por el Día del Minero, del Trabajo; y siendo aplaudidas por todo el personal.

Mary se enteró de que la hija de una había iniciado prácticas de contabilidad en la Sunat, que el hijo de otra estudió medicina y estaba haciendo el SERUMS, una más la invitó a la graduación de su primogénita.

A la par, se redujeron el ausentismo y la rotación de personal. ¡Ganaron a unas colaboradoras de confianza! ¿Qué hizo Mary? Consiguió que ellas y todo Cori Puno noten que su trabajo vale y que, además, ¡ellas también son mineras!

El 2020 falleció su papá. Mientras crecía en el área que la apasiona, pasó años escuchándole decir: “Si tienes un puesto, ve cómo puedes ayudar”. Eso, precisamente, es lo que Mary está haciendo. ■



“

Lo que
queremos,
es equidad”

YAJAIRA MOSQUEIRA

Ingeniera de
Planeamiento
de Antamina

WIM
PERÚ
Women
in Mining



a buena nueva vino con espina. Por sus notas y tras haber superado cada prueba, el director del mejor colegio de Cajamarca le anunció a Yajaira y a sus padres que la beca de estudios era suya, pero que —aquí viene la espina—, por su edad, era preferible que mejor repita segundo de media. Aún tenía 12 años, su madurez podía estar por debajo de la de sus chicos, sentenció el director; sin saber a quién tenía al frente.

“La edad no tiene nada que ver con la madurez. Dame un trimestre y te demostraré de lo que soy capaz. Si lo consigo, me dejas en tercero”.

Sus papás se quedaron helados. “Hija, has estado a punto de perder la beca”, le dijo su padre a la salida. Cumplido el plazo, quedó claro que esta escolar sabe dar batalla.

Papá, ingeniero químico; mamá, licenciada en química. En casa, Yajaira y sus hermanos crecieron oyendo y hablando de ácidos, pH, fórmulas químicas. No estaban en condiciones de pagar el Davy College, escuela a la que asistían los hijos de varios ejecutivos de Minera Yanacocha. Al principio, la alumna becada se sintió fuera de lugar. Gracias a su rendimiento académico, sin embargo, no tardó en conquistar a profes y compañeros. A ella le atraía saber sobre esa minera en la que laboraban los papás de sus amigos. Le atrajo tanto, que decidió seguir ingeniería de minas.

Partió a Lima para estudiar en la PUCP, regresó a Cajamarca para practicar en la empresa que desde chica despertó su interés. Ya en mina, la asignaron a dispatch, como supervisora de operaciones. Cogió la radio y le indicó al operador del camión tal que vaya al equipo tal... Silencio. Para ella, debieron ser las milésimas de segundo más largas de todos los tiempos.

“Cuando hablas por radio, todos te escuchan. Tienes que manejar el nivel de voz adecuado, pues por ser joven y mujer, puedes sonar débil o autoritaria. Hay que encontrar el balance, y eso es complicado cuando sales de la U y no tienes ninguna experiencia”.

Ocurrió una década atrás, tenía 21 años. Tras el silencio que siguió al pedido que hizo al operador del camión tal, alguien —a través de la radio que todos escuchaban— preguntó: “¿Quién habló?”. El despachador intervino en el acto, la presentó y, siempre a través de la radio, se oyeron bromas, silbidos. Era la primera





vez que esas indicaciones las daba una mujer (una despachadora). Para eso no te prepara la universidad.

Días después, en el auditorio, le tocó conocer a ese centenar de operarios en persona. Le tocó presentarse, se dio cuenta de que los supervisores varones no usan micrófono. Gritan, nomás. La practicante de 21 años —una vez más— debió modular la voz, les hizo ver que esperaba el apoyo y el respeto de todos. Entre el público había reconocidas operadoras de palas, camiones y equipos auxiliares, ellas se convirtieron en sus aliadas. “Ya, vamos a escuchar a la ingeniera”, intervenían —a través de la radio— cuando alguno de sus colegas se quería pasar de listo.

Concluidas sus prácticas, la ingeniera partió a otras minas. En su ruta ha oído frases como: “No quiero trabajar con ella. Si le grito, seguro se pone a llorar”; dichas por colegas que ni siquiera la conocían.

“Yo les voy a demostrar de lo que soy capaz, ¡voy a dejar un hito!”.

Sí, así como lo hizo en su colegio. Yajaira no se amilana, sabe dar batalla. Por eso se siente a gusto en Antamina, donde, además de destacar como ingeniera de Planeamiento, está abocada al mentoring. Comparte su experiencia con estudiantes y egresados. A una de ellos —lo tiene muy presente—, le preocupaba tener la voz baja. ¿Sería capaz de hacerse oír en un mundo rudo? Amaba su carrera, pero a la vez creía que quizás sería mejor cambiar de rumbo. ¿Qué hizo la ingeniera que sabe dar batalla? Le aconsejó identificar sus habilidades blandas, seguir talleres de oratoria, liderazgo.

Una década atrás, las operadoras de palas y demás máquinas gigantes, lo hicieron por ella. “Te vamos a apoyar”, le dijeron. Sí, sororidad. Ahora, ella está siguiendo su ejemplo. Su meta es la equidad. ■



“

Yo rompí el
paradigma”

YENNY DUARTE

Coordinadora corporativa de
QAQC (sigla en inglés de: Gestión
y Control de Calidad) en el área
de Exploraciones de Minsur



Egresar y pasarte un año buscando prácticas es frustrante, Yenny lo sabe bien. Cuando era aún estudiante de ingeniería geológica, solía ver a amigos que, habiéndose ya recibido, merodeaban por la facultad en busca de alguna alternativa laboral. Si el 85% de cada promoción era varones y gozaba de más oportunidades, ¿qué iría a ser de ella cuando egrese? Pues ya había egresado, había pasado un año e, igual que sus amigos, había comenzado a merodear por la facultad.

Fue entonces que, enterada de que un bus de la UNSA partiría de Arequipa a Lima para un congreso, se unió a la delegación y aprovechó su estadía para repartir su CV aquí y allá. Meses después, días antes de la Navidad del 2005, no lo esperaba, pero su teléfono timbró. Era Buenaventura ofreciéndole partir como practicante a la mina Shila Paula.

¿Quién apuntaló su vocación minera? Su mamá, una maestra rural que sentía que, económicamente, el sacrificio y dedicación que su profesión le demandó, no le habían sido retribuidos. Sin embargo, la realidad de la tercera de sus cuatro hijos, como ingeniera, podía ser diferente.

Pese a ello, ya en Shila Paula, a Yenny seguía preocupándole su futuro. Claro, eran otros tiempos: los jefes no trabajaban en sus habilidades blandas, los sindicatos impedían el ingreso de mujeres a minas subterráneas como esa. ¡Era la única ingeniera en todo el campamento! Sus demás congéneres eran una asistente administrativa y las señoras de limpieza y el comedor. Tenía 24 años, eso fue lo que le tocó vivir.

“Esa primera experiencia me preocupó, pero también me dio fuerza para seguir. Sabía que no iba a ser fácil, pero también sabía que sí podría hacerlo”.

Vivió más situaciones similares, hasta que en la mina Quiruvilca ocurrió algo inesperado. Debido a una reducción de personal, su superior le encargó suplir a un colega al interior de la mina. Hasta entonces, solo había laborado en exteriores. ¡El sindicato saltó! Hubo que lidiar, la ingeniera no arrugó. No, no se impuso a la mala; se los fue ganando, de a pocos; y ese hecho marcó su vida, pues había roto el paradigma de que las mujeres no pueden entrar a una mina.

El 2012 cumplió otra meta: trabajar en una operación de tajo abierto. Se adaptó rapidísimo. Dos años después, ingresó a Minsur, a mina Pucamarca, en Tacna, e





implementó el Control de Calidad. Los resultados fueron tan positivos, que pasó a asumir esa responsabilidad en todas las unidades de la división minera del Grupo Brea. Antes de recibir esa gran noticia, con 35 años cumplidos, Yenny había decidido que ya era hora de ser mamá; y trabajó en ello. Algo la atormentaba: sabía de mujeres mineras que fueron despedidas tras haber optado por la maternidad.

“¿Me sacarán? ‘No se lo voy a comentar a nadie, ¡voy a andar con mi casaca ancha hasta cumplir los ocho meses!’. Ese era mi plan, pero al primer mes me puse mal y todo el mundo se enteró”.

Ríe al recordarlo y agradece lo bien que se portó Minsur con ella. Según su protocolo, las gestantes no deben laborar en zonas ubicadas por encima de determinada altura, así que partió a Lima, donde cumplió sus funciones hasta que nació su bebé. En el proceso le anunciaron su ya citado ascenso. O sea que Valentina, su primogénita, llegó con el pan bajo el brazo. Hoy es madre de dos niñas, razón por la cual le consultamos qué le diría a las jóvenes que anhelan ser mujeres mineras. Esta fue su respuesta:

“Les digo que las mujeres estamos diseñadas para enfrentar desafíos, somos capaces de estar en el terreno y demostrar ¡por qué estamos ahí! Cada vez estamos ganando más espacio en un mundo que se creía solo para varones. Somos capaces de realizar el trabajo de un varón y de derribar creencias, como que la mujer trae mala suerte. Nuestros pilares son la eficiencia, la responsabilidad, ¡somos detallistas! No se amilanen, pues todo depende de nosotras. Somos el estandarte de la minería moderna, ¡podemos desarrollar una minería de clase mundial!”.

Hay, pues, hermanas, muchísimo que hacer. ■



“

Siempre tuve
este sueño”

OLGA MIRANDA

Operadora de
equipos auxiliares
de mina de Hudbay

WIM
PERÚ
Women
In Mining



No le creyeron. “Eres mujer, ¡qué vas a poder!”, esa fue la reacción de sus amigos hombres cuando –años atrás– Olga les compartió su mayor anhelo: ganarse la vida al timón de alguna de las enormes y poderosas máquinas que emplean en la mina Constancia, próxima a Uchucarcco, su comunidad. Sus amigas no decían lo mismo. Ellas no decían nada, en realidad. “Tampoco les escuché alguna palabra amable”. Ninguna soñaba como ella, los chicos sí; y su mala onda fue el combustible que potenció a esta cusqueña que de niña quería ser piloto, fabricar robots.

Habla en serio: veía un avión surcando el cielo y se imaginaba conduciéndolo. Sus padres son del campo, cosechan papa, quinua, cebada; ninguno concluyó la primaria, pero fueron lo suficientemente sabios como para disfrutar con los planes de la mayor de sus cuatro hijos. Jamás dudaron de su capacidad. Olga creció fuerte y, como tenía unos sueños que cumplir, partió a la ciudad.

“Me gustan los animales, el campo, pero yo quería salir y capacitarme”.

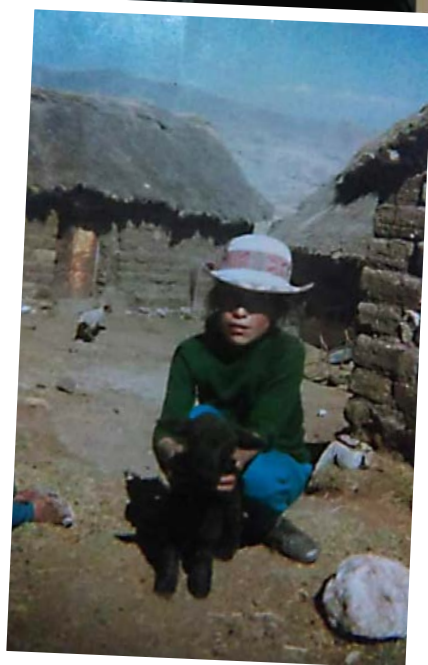
En un instituto arequipeño llevó el curso de operador múltiple de maquinarias pesadas. Para pagárselo, se pasó los tres siguientes años realizando todo tipo de oficios: fue ayudante de cocina, atendió en una serie de tiendas, limpió una pollería...

“Tenía que trabajar en lo que hubiera para pagar mis cosas. A veces no tenía para comer ni para la combi”.

Cuando eso ocurría, se iba a pie. Con hambre y a pie. Ese trajín le impidió ocupar los primeros lugares en sus estudios, requisito indispensable para obtener una de las prácticas que brindaba Stracon, el contratista minero que es proveedor de Hudbay, la empresa canadiense que opera la mina Constancia, que es donde ella anhelaba trabajar. Constancia, de eso Olga tiene a montones, así que no tardó en encontrar la manera de integrarse a las filas de Stracon.

Fue personal de piso y, como tal, vigía, cuadradora de volquetes. Es decir, físicamente, ya estaba en la mina de sus sueños y, desde su posición, podía ver trabajar, desplazarse, a esas máquinas que ansiaba comandar. ¿Acaso no la intimidaban esos gigantes con brazos de metal? ¿Y el miedo? Simplemente no lo tenía.

“Siempre he sido así, desde chiquita. A lo único que podría tenerle miedo es a un monstruo. Pero, ¿miedo en el trabajo? No, porque yo he trabajado de todo”.





A ver, la Excavadora 336, la primera que aprendió a operar, pesa 37 toneladas. ¡Acaso eso no es un monstruo! Pero nos estamos adelantando. Como personal de piso, ella cumplía su labor con la certeza de que su momento llegaría; y, el 2017, este llegó. Hudbay invitó a las comunidades próximas a Constanza a un programa de formación de operarios. Duró seis meses, seleccionaron a solo siete personas para que se inicien en el manejo de sus excavadoras. Olga fue la única mujer.

De ella, Luis Miguel Arce, el gerente de Asuntos Corporativos y Legales de la citada minera, dijo el 2021:

“Fue de las mejores. Tras ello, fue contratada y viene trabajando con nosotros hasta la actualidad. Su trabajo es impecable y sus jefes directos están muy contentos con su labor —la cual suele ser realizada por hombres—, actualmente se está capacitando para operar también la pala Hitachi EX5600-6, lo que es importante para su crecimiento profesional”.

Olga ya opera ese bicho. Si el anterior pesaba 37 toneladas y nos pareció un monstruo, este supera las 530 toneladas. “Y una está ahí”, sonríe nuestra intrépida cusqueña. ¡Orgullosa! Por supuesto, no se piensa detener. Es más, ya le puso la puntería al cargador frontal; advierte que para el 2023 ya lo debe haber domado. ¿Acaso alguien lo puede poner en duda?

“Una tiene sueños, y no debe abandonarlos; una tiene retos, y tiene que superarlos; y una también tiene motivos, y los míos son mis papás. En el camino pasan muchas cosas, y tú tienes que ser fuerte como mujer”.

¿Recuerdan a los amiguitos que años atrás pretendieron bajarle las pilas? Se los volvió a encontrar. Uno de ellos tuvo la hidalguía de reconocer su error. “Sí podías”, le dijo. “Todo se puede”, sentencia Olga. ■

INSPIRACIÓN PARA SER MINERAS

Con mucha emoción leí las historias de estas siete mujeres mineras que, aunque no conozco a sus protagonistas, me trajeron recuerdos, añoranzas e inspiración. Son mujeres que, como yo, vivimos apasionadas por la minería. Tenemos mucho en común y mucho que compartir. Tanto, que algunos pasajes me recordaron mi propia historia y me hicieron sonreír o me dejaron un nudo de emoción en la garganta. Estas vidas describen determinación, perseverancia, coraje y pasión; ingredientes indispensables para lograr lo que estas valiosas mujeres decidieron: ser mineras. ¡Gracias, “Mineras del Bicentenario”!

El meritorio y reconocido trabajo que realizan en diversas actividades de las muchas que requiere la minería, comprueba que las mujeres no tenemos restricciones para incursionar y desempeñarnos exitosamente en cualquier actividad que despierte nuestro interés y pasión. Para su desarrollo, la minería requiere de las más diversas especialidades, tanto profesionales como técnicas, lo que la convierte en un campo ideal para el crecimiento personal y profesional de las personas. Estoy segura de que estas historias inspirarán a muchas más mujeres a desarrollarse en esta maravillosa actividad que tiene mucho que ofrecer y a la que nosotras tenemos mucho que aportar.

Gracias Women in Mining Perú (WIM PERÚ), estas historias nos llevan a reflexionar sobre la importancia de visibilizar y revalorizar el aporte de la mujer en el sector y sobre las grandes oportunidades de crecimiento personal y profesional que la industria minera ofrece a las mujeres. Como socia honoraria, me enorgullece ser parte de WIM PERÚ y su labor para visibilizar a las mujeres que son parte o se preparan para ser parte de la industria minera peruana.

Eva Arias de Sologuren

Presidenta del directorio de
Compañía Minera Poderosa y
asociada honoraria WIM PERÚ

Mary, Yajaira, Rosa, Patricia, Liliana, Yenny y Olga comparten en tercera persona siete historias. Sus historias, como si estuviesen mirando desde afuera sus propias vidas, decisiones y desafíos; impresionadas por sus conquistas y legados.

Hablan de anhelos, sueños, miedos y paradigmas. Hablan -sobre todo- de propósito, una palabra que mueve a los profesionales que hacen la diferencia.

Hablan de familia, maternidad, sororidad, amparo y protección. Hablan —sobre todo— sobre la importancia del apoyo de quienes tocaron sus vidas para motivarlas hacia sus objetivos.

Representan a una generación de mujeres que lucha por sus espacios en el ambiente de trabajo, en sus hogares y en la sociedad.

Cada historia me ha emocionado, me hizo reflexionar sobre mi propio rol y no pude dejar de pensar en mis privilegios como hombre y en la necesidad de utilizar mejor esos privilegios. Como dijo el padre de Mary: “Si tienes un puesto, ve cómo puedes ayudar”. Nada puede ser más claro.

WIM PERÚ, al auspiciar esta publicación, además de compartir experiencias lindas y emocionantes, nos motiva a movernos y reaccionar. Seguro ayudará a muchos a buscar una posición más activa para un mundo más justo.

Ricardo Porto

CEO de NEXA Resources Perú y
embajador He For She de WIM PERÚ

Me complace y enorgullece colaborar con el trabajo que realiza WIM PERÚ en la valorización y promoción de los logros de las mujeres en el sector minero y su crecimiento profesional. A través de las historias presentadas he podido conocer los diversos caminos que han transitado para hacerse espacio y contribuir a la creación de un ambiente de trabajo más inclusivo, más solidario y diverso, además de ser excelentes en sus puestos.

Es importante visibilizar ejemplos de mujeres mineras para que otras mujeres y niñas puedan ver al sector como una posibilidad. La minería es importante, ha sido uno de los motores del desarrollo económico y social de países como el mío, Australia, donde la participación de la mujer en el sector es de un 20%. Aunque esta cifra continúa creciendo, seguimos promoviendo la participación de más mujeres en el sector y su incorporación en carreras STEM, incentivando el fortalecimiento de un mercado laboral que las pueda acoger.

La adquisición de capacidades específicas y el aumento de la visibilidad de las mujeres en minería, unido a acciones prácticas y cambios en las normas culturales de un sector tradicionalmente dominado por hombres, garantizará que su participación aumente, agregando valor a la economía y a la sociedad en general

Maree Ringland

Embajadora de Australia en el Perú,
entidad aliada estratégica de WIM PERÚ

PROTAGONISTAS DEL DESARROLLO

El proyecto “Mineras del Bicentenario” de WIM PERÚ es una realidad al haber logrado identificar historias que marcan una referencia del aporte femenino en la actividad minera, en línea con el propósito de la organización de “promover la participación y desarrollo de la mujer en la industria”.

Si tenemos que señalar un común denominador en las historias de Olga, Yenny, Liliana, Patricia, Rosa, Yajaira y Mary, encontramos valores como persistencia, claridad en los sueños, unidos a la preparación y capacitación como una vía para alcanzar sus metas.

A ello podemos agregar el acompañamiento de la familia, que también debe romper con tabúes y sesgos inconscientes; y de algunas compañías de avanzada que están marcando el paso a la comunidad empresarial local para ofrecer oportunidades iguales a hombres y mujeres.

En este último punto, son también significativos los testimonios corporativos sobre la contribución de las mujeres al sector, prueba de ello son los ascensos alcanzados por las protagonistas de estas historias, puntos críticos claramente positivos para el desarrollo de cada empresa empleadora.

En suma, además de hacer visibles estas vidas entregadas a la minería, estamos a la expectativa de que venga una “ola empresarial minera” que haga suya esta revaloración de las mujeres en esta actividad extractiva, no en vano es el principal “contribuyente” al PBI peruano. Esa aún es una tarea pendiente por acelerar en el sector privado.

Rafael Rojas Tupayachi

Editor general de G de Gestión y
embajador He For She de WIM PERÚ

La versión digital y gratuita de **Mineras del Bicentenario** fue auspiciado por:



Cerro Verde



Participaron en esta edición:

HUDBAY



MINSUR

KOMATSU

mitsui



HOCHSCHILD



Cori Puno

WIMA Women
in Mining
PERÚ